

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor D.ºr. de EL AMIGO DEL POBRE — Gijón.

¡Comida de vigilia!...

Cierta día, cuando el camino de hierro no había aún destronado a los coches y diligencias, Luis Veillot viajaba con uno de sus amigos en un interior de Laffitte y Caillard.

Era viernes. En una parada bajaron a comer. Comer de vigilia no debía de ser cosa fácil, pues en el *menú* no constaba. En tanto que sus compañeros se precipitaban sobre las mesas repletas de carnes, el eminente escritor y su compañero, decididos a observar, costara lo que costase, la ley de la abstinencia, llamaron al amo de la fonda.

—Señor—le dijeron,—no comemos de carne en viernes; tened la bondad de hacernos servir de vigilia.

—Señores—contestó con amable sonrisa,—lo siento mucho; pero no la hay.

—Pues que se haga.

—Se tardará mucho y la diligencia no espera.

—Entonces, dadnos pan, vino y queso por valor de una peseta, y os pagaremos como si hubiéramos comido.

El fondista empezaba a perder su buen humor. Tenía gana de mandarlos a paseo; pero representaban una ganancia de siete pesetas. Quiso entablar controversia.

—Creo—dijo—que no es un crimen comer de lo que se halle.

—Mientras discutís—observaron ellos—podía hacer una tortilla, si le contestamos, nos quedamos sin comer.

—A lo que veo, estos señores tienen Religión,—dijo uno de los de la mesa redonda, que devoraba succulentas chuletas. Era un gordo burgués, tendero rico, lector de un periódico librepensador, que en el camino había muchas veces atacado los nervios de los dos amigos expresando su admiración por Voltaire, y afirmando su culto al «Dios de las buenas gentes», cantado por Béranger.

—Sí, señor—le replicó el compañero de Veillot;—¿y vos?

—Cada cual tiene la suya... Pero no me puedo convencer de que debo echarme a perder el estómago para honrar y servir a Dios. La vigilia no me sienta bien.

—Conozco muchas gentes que piensan como vos que la verdadera Religión no impone esas prácticas, y también añaden que la vigilia no les sienta bien. Y, en cambio, toman indigestiones de carne, y su glotonería les proporciona buenas enfermedades, que les condenan a penitencias algo más duras que las nuestras. Pero dejemos esto. Aquí se trata de honrar a Dios, no a vuestro gusto, sino como El quiere serlo. Desde el momento que razonáis contra sus Mandamientos, que los cambiáis, que en parte los suprimís, no tomando sino lo que os acomoda y gusta, ya no le obedecéis; estáis rebeldes contra su Ley.

—La razón me ha mostrado la inutilidad de esas prácticas, a las que en otro tiempo se creían obligados los hombres.

—¿De modo que habéis sido católico y ya no lo sois?

—Lo soy aún... como todo el mundo... Con la copa en la mano como dice Béranger, me confío alegremente al «Dios de las buenas gentes.»

Mientras tanto, el fondista se hallaba en terrible lucha. ¿Se resignaría a perder siete pesetas? ¿Se le vería plegarse a dos fanáticos, a él, el propietario de «La Corona de Oro»? Los dos amigos se levantaban para ir a buscar pan en la vecindad, cuando del fondo de la sala les llegó un socorro inesperado. Una voz de bajo hizo estremecer los cristales, como el redoble de un tambor, diciendo:

—¡Comida de vigilia!...

Todo el mundo miró. Era *la berlina* que entraba, representada por un coloso de la más terrible y marcial figura. Bigote gris, insignias de oficial del Ejército, tremenda cicatriz en la frente. Una señora de aspecto más suave, aunque no menos respetable, le acompañaba. Detrás de ellos se mantenía, entera y tímida a la vez, una joven de

dieciséis años, verdadero lazo de flores entre aquellas dos fuerzas espléndidas.

Viendo a estos tres personajes, el amo de la «Corona de Oro» perdió toda su filosofía y toda su jovialidad. No se despidió así, de golpe, a cinco devotos, entre ellos un coronel, que quiere comer de vigilia a razón de 3'50 pesetas por cabeza.

El amo de «La Corona de Oro», quitándose *su corona*, un gorro de algodón muy lucido, les dijo que les serviría. Mantuvo su palabra, y hasta con cierto lujo. Era improvisador.

Pero ¿quién me dará pinceles y colores para pintar los ojos espantados, la boca abierta, la estupefacción profunda y la turbación del gordo burgués volteriano, un momento antes tan arrogante? Apenas se atrevía a tocar la carne que tenía en el plato; temía que al coronel le chocara. Si ese terrible convidado le hubiera interrogado sobre sus convicciones religiosas, de fijo que hubiera asegurado que comía de carne por «prescripción facultativa.»

—He sabido después—concluye Luis Veillot—que aquel coronel era un valiente e ilustre General, y le doy aquí las gracias por la comida que nos logró proporcionar. Tuvimos pescado, legumbres, crema, un festín. No soy ingrato; pero, en verdad, General, os agradezco aun más la buena lección que disteis a vuestros compañeros de mesa y a vuestro fondista de momento. ¡Les hacía tanta falta! ¡Ay, General, qué bien hacéis por todas partes por donde vais sólo con mostraros tan sencillo, y verdaderamente cristiano! La vanidad y el orgullo sin freno de esa gente adinerada no logra que dejen de respetar al hombre cuando ese hombre representa la gloria, la autoridad, sobre todo la fuerza. Si ese hombre fuera cristiano como vos lo sois, General, si respetara a Dios públicamente, habría menos «espíritus fuertes», despreciadores de preceptos de la Iglesia y adoradores del «Dios de las buenas gentes.»

Bufandas y tapabocas

Los médicos y la medicina

—Hola, doctor—dijo a espaldas mías una voz apagada que parecía salir de una cueva.

—Perdone usted—contesté, no le había conocido; va usted empaquetado con tanto esmero, como el licenciado Vidriera.

—¡Ay, amigo mío!, es necesario cerrar la puerta a los enfriamientos.

—Y a las pulmonías—ñadi yo

Don Eleuterio, al oír esta palabra, subió dos dedos más el borde superior de su bufanda.

—Es al revés—dijo, bajándosela; usted no sabe cómo se usa esta prenda. La bufanda es tolerable mientras cumple el oficio de tapabocas, pero resulta inadmisibile y contraproducente si se la emplea como tapa narices.

La nariz es un órgano maravillosamente dispuesto para la toma de aire, y es imposible que a través de sus anfractuosidades pueda colarse una pulmonía. La mucosa que la cubre está lubricada por un líquido antiséptico que constantemente fluye por el conducto lácrimo-nasal, y tapizada de células provistas de vellosidades (epitelia vibratil) animadas de ciertos movimientos. Cualquiera bacteria que con el aire inspirado entra, queda pegada a la mucosa, y es fagocitada por las citinas y otros elementos paliáticos, a los cuales está encomendada la defensa de la frontera orgánica. El aire inspirado por las fosas nasales, no solamente resulta inofensivo desde el punto de vista biológico, sino que físicamente se modifica en su temperatura y estado higrométrico, llegando al pulmón en las condiciones precisas para filtrarse e ingresar en nuestra sangre, absolutamente puro e inocuo.

Los yanquis (gente práctica) han condensado todas estas enseñanzas en un refrán que dice: *Cierra tu boca, y salvas tu vida.*

Tapándose la nariz, vuelve a nuestros pulmones una parte del aire espirado (aire prorespirado) y el que entra en totalidad, está más caliente, lo cual podrá ser más grato, pero es perjudicial, porque *cuando la temperatura se eleva, disminuye la solubilidad de los gases.*

Esta es la causa de que en los días muy fríos, experimentan los alpinistas los efectos de una verdadera borrachera de oxígeno, y también nos explicamos, por la misma ley, la frecuencia de las jaquecas sufridas por los que no saben prescindir de la bufanda.

Es imprescindible respirar por la nariz el aire frío, para que todo el oxígeno se disuelva en nuestra sangre; de otra manera, nos ponemos a media ración.

Yo tengo una magnífica bufanda que me fué regalada por una persona que no tiene obligación alguna de conocer las leyes de la Físico-biología, y he prometido usarla, tan pronto como coja el primer catarro o las primeras anginas. Esto de las anginas (amigdalitis) es otra contribución a que están obligados los bufandistas. Una bufanda de lana que da dos vueltas, mantiene en torno del cuello una temperatura 40 grados, que dilata los poros de la piel, como si estuviésemos en plena cunicula.

Tan pronto como nos despojemos de este abrigo, nuestros poros se cierran, puesto que la piel se contrae con el frío y la sangre es rechazada hacia los planos vasculares profundos (hiperemia compensatriz). Podrá, o no podrá, restablecerse el equilibrio, y es muy fácil que dos o tres horas después nos lamentamos de dificultad en deglutir la saliva, y seamos víctimas de una angina de origen bufándico.

Mackenzie, el gran laringólogo inglés, atribuía las inflamaciones de las amígdalas, laringe y tráquea, al uso de los altos cuellos almidonados y a la costumbre de usar tapabocas.

Don Eleuterio fué desliándose poco a poco el suyo; después acabó por echárselo hacia atrás, como una echarpe, y cuando nos despedimos, tuve la satisfacción de ver que mis

palabras no habían caído en terreno pedregoso, como aquellas semillas de que nos habla la parábola del sembrador.

Cuando don Eleuterio estrechó mi mano tenía ya colgada su bufanda en el antebrazo izquierdo.

JUAN LOPEZ DE REGO.

SE EXPLICA TEÓFORO

—Empiezo, Teóforo, por participarte que he recibido una carta en que se me encarga que no haga caso de tí, que eres una especie de veleta y poco menos que un desesperado.

—Que han de decir de mí que si fuí y que si vine, ya lo tengo descontado. Si soy veleta o dejo de serlo, ni quita ni pone a lo que he dicho sobre los que se las echan de anticlericales como recurso para hacer negocio. De lo de hacerme caso, usted verá, don Filoteo.

—Es que dicen que te has hecho clerical en busca de negocio.

—Yo no he dicho todavía que sea clerical. Ni afirmo ni niego si lo seré o no lo seré. De lo de hacer negocio, bien tranquilos pueden estar, pues mi suerte es tan perra, que, eche por el camino que quiera, siempre me saldrán mal las cuentas. ¿Qué más dicen de mí?

—Que eres un inconsecuente, pues ahora reniegas de lo que antes adorabas.

—Eso ya lo veremos, D. Filoteo. Si a mi un boticario, por ejemplo, me recomienda una medicina, y yo la tomo días y más días y después de más o menos tiempo observo que la tal medicina no sólo no me cura, sino que llego a descubrir que el boticario se propone hacer negocio a costa de mi bolsillo, y entonces mando la medicina al cuerno, y al boticario por ladrón no le mando a la horca porque no puedo, ¿seré por eso inconsecuente? Dígame-lo usted en conciencia, don Filoteo, ¿sería yo inconsecuente?

—Eso no, Teóforo. Nadie podría tacharte de inconsecuente.

—Pues esta es la situación y el caso en que yo me encuentro ahora, don Filoteo. Yo me hice amigo de unos cuantos que a sí mismos se llaman a boca llena médicos y boticarios, o que tienen, vamos al decir, que tienen en sus manos el secreto de hacernos felices a nosotros a los pobres. La medicina que, como a otros muchos, me hacían tomar era renegar de Dios y de la Religión, guerra a la Iglesia y a los curas, odio a los reyes, a los grandes, a los ricos y poderosos, a la autoridad y a la propiedad y a todo, en fin, cuanto significa orden y fundamento de la sociedad. Esto bien lo sabe usted, D. Filoteo, ¿no se acuerda?

—Sí me acuerdo. Sigue adelante que me gusta.

—Bueno, pues además de esto en los periódicos nos hablaban de libertad y de igualdad, pero luego aparte

nos enseñaban a romper la cruz al que no pensara como nosotros, y nos sermoneaban diciendo que esperaríamos, que pronto llegaría el día en que llegaríamos al poder, mandaríamos nosotros y seríamos ricos, porque nos repartiríamos los bienes de los burgueses. Yo soñaba poco menos que con ser diputado. Ya un compañero de los de primera fila me dijo: Teóforo, algún día te meterás en el Congreso. Hasta la tía Casilda, la castañera, cuando me veía pasar por la puerta de su casa, me preguntaba, ¿cuándo te hacen *deputao*? yo me callaba, y como ya barruntaba algo e iba comprendiendo el juego, solía decir por lo bajo: lo que a mí me harán será la pascua, que no diputado. Pasaba el tiempo, don Filoteo; y yo veía que aquellos médicos y boticarios de nuestros jefes, poco a poco y como el que no lo entiende, iban haciendo su negocio y bien redondo por cierto, porque nosotros tomábamos la medicina, pero sólo les aprovechaba a ellos, así como otras veces ellos tomaban la purga, pero a nosotros nos hacía la operación.

—No entiendo eso, Teóforo.

—Parece mentira que no lo entienda. Lo de la purga consistía en que ellos armaban la revolución y el motín, pero los estacazos y sablazos y tiros de la tropa y los grillos de la cárcel eran para nosotros mientras aquellos señores se estaban muy tranquilos en sus casas o en el café tomando buenas copas y fumando buenos puros. La purga son los planes y proyectos que formaban para que hiciésemos la revolución. Estas medidas las tomaban ellos. La operación de estas medidas, o purga, eran los sablazos, estacazos, tiros y demás detalles del margen.

—Entendido, Teóforo, entendido. Pero dime: y aquello otro de la medicina, que la tomabais vosotros y aprovechaba a ellos, ¿cómo se entiende?

—¿Tampoco entiende usted esto, don Filoteo? Pues va a resultar que sabe usted menos que yo, y sea dicho con todo el respeto que siempre usted me ha merecido. Para hacérselo comprender podría citarle a Pablo Iglesias, a Lerroux y a otros que tal bailan. Sí, señor, don Filoteo, y no arruge usted la frente ni se toque los anteojos, que yo me explicaré de modo que me entiendan hasta los alcornoques. Podría citarle esos que le he nombrado, y otros muchos que, como digo, nos hacían tomar la medicina, pero el provecho, hasta ahora, ha sido sólo para ellos, y por las trazas lo será siempre. Nosotros, como usted y todo el mundo sabe, hemos alborotado, hemos gritado viva la libertad, hemos amenazado a los gobiernos y en ocasiones hemos hecho nuestro poquito de revolución, en fin, que por instigaciones de nuestros jefes hemos constituido una especie de amenaza continua, y en ocasiones hemos metido el miedo en el

cuerpo a los gobiernos y a los altos personajes de la política, hasta obligarles a darnos todo lo que se les pedía.

—Entonces no te puedes quejar.

—Espere usted, don Filoteo, y no corra, porque nosotros, los del pueblo, nos hemos quedado lo mismo o peor que estábamos, y en cambio, nuestros jefes son los que se han aprovechado del miedo que hemos metido en el cuerpo a los gobiernos. Ahí tiene usted a nuestros jefes codeándose con los ministros, pidiendo y alcanzando para sí mismos todos los favores que se les antojan, incluso chupar del presupuesto. Ahí tiene usted a muchos que al principio no eran dueños ni aun de la camisa que llevaban puesta, si es que tenían camisa, que algunos ni siquiera se podían permitir el lujo de esta prenda, y ahora los estamos viendo dándose tono de burgueses y viéndolo a lo burgués, y muchos de ellos no quieren, ni por sueños, que venga la revolución por temor de perder lo que han adquirido a costa de lo que nosotros hemos gritado, alborotado y amenazado, y a otros les tiene usted inscribiendo sus fincas en los registros de la propiedad... ¡esos, esos mismos que a todas horas nos están diciendo que la propiedad es un robo! ¡Se han hecho ricos y procuran hacerse ricos todavía, esos mismos que dicen en el mitin que los ricos son unos ladrones! ¿Y quiere usted, don Filoteo, que en vista de esto no abra uno los ojos?

—Te digo, Teóforo, que tienes un carro de razón en cada dedo.

—Y lo que vendrá después, don Filoteo. Yo seré un tío paleta, todo lo que usted quiera, pero tengo ojos para ver, y lo que estoy viendo, es de esas cosas que no están en el mapa.

—Pero, ¿qué es lo que estás viendo?

—Cansado estoy de ver que nos están haciendo unos sinvergüenzas, unos mal educados, unos groseros. Porque eso de alentarnos y empujarnos para insultar a los curas, a los frailes, a las monjas que van por la calle y a todo el que no comulgue en las ideas que ellos nos han metido en la cabeza, y que algunos, quizá muchos no las tienen, ¿no es obligarnos a ser unos groseros, unos sinvergüenzas, unos mal educados y unos canallas, para decirlo de una vez? ¿Qué han de poder ser esos señores republicanos o socialistas o masones o lo que les dé la gana y los demás no han de poder ser otra cosa? ¿Está esto en el mapa? Pues estas cosas, y otras muchas que me callo, pero que ya saldrán, si llega la ocasión, son las que me hacen abrir los ojos, y el que no los quiera abrir, con su pan se lo coma; pero que no se extrañe que le digan que está haciendo el primo y el caldo gordo a cuatro frescos que saben administrar bien el título de republicanos y socialistas. ¡Vaya si lo administran bien! Es este un negocio

que hoy día produce mucho y sin riesgo ninguno, porque los riesgos son todos para los tontos que, a ojos cerrados, ejecutan las órdenes de sus señores que saben nadar y guardar la ropa. ¿Quiere usted más, don Filoteo? Pues pregunte usted, si quiere, que aun me quedan más cosas en el cuerpo.

—No, Teóforo. Por ahora has dicho bastante. Pero te prevengo que ya puedes prepararte.

—¿Por qué?

—Porque no faltará quien venga a ponerte las peras a cuarto.

—Pues yo se las daré al precio corriente no al que quieran fijarme.

—Bueno, Teóforo. Tú verás.

—Sí, señor, ya lo tengo visto. Usted no se apure, que, al fin y al cabo, el gasto he de hacerle yo.

FILOTEO.

Ley de abstinencia

Embarcóse una vez un buen cristiano a bordo de un vapor americano, en el que iban también tres viajeros en moral y en creencias más ligeras. Sentáronse a la mesa, y vió nuestro buen hombre con sorpresa que, a pesar de llamarse a boca llana los tales caballeros Católicos sinceros, «Beato» a nuestro amigo apellidaron, «Beato», como suena, al punto que observaron que en lugar de jamón y longaniza, por ser día llamado de Ceniza, manjares de abstinencia se atreviese a comer en su presencia. El, no obstante, callaba como un mudo; mas tanto le insultaron, que no pudo en silencio sufrir, y a un can travieso que andaba en derredor, arrojó un hueso. El perro lo devoró; y nuestro amigo dijo estas cosas, que también yo digo mirando tales yerros: «la Iglesia no da leyes a los perros.»

P. SALVADOR CALVO.

Lo que pueden ellas...!

Era él; sí, era él; el que tantas veces había trinado contra frailes y curas; el que había pedido en mitines ácratas las cabezas de todos los reyes y de todos los obispos, ahora venía a ser el hombre más arregladito del mundo; iba a la iglesia, no digamos que todos los días, pero sí con alguna frecuencia; se retiraba a las diez de la noche a casita, y hasta se había dado de baja en la suscripción de los periódicos revolucionarios que antes leía.

El milagro se había hecho; y lo había hecho una mujer, su esposa, la cual antes de casarse con aquella fiera había tenido buen cuidado de estudiarla a fondo e ir arrancándola poco a poco, con una paciencia benedictina, las uñas y los dientes, hasta dejarla convertida en un manso corderillo vestido de león.

—No podrás, no podrás—le decían sus amigas—¿no ves que está sin civilizar?

Y ella contestaba siempre con explosión de risa:

—No, eh? Pues voy a demostraros que soy una excelente domadora de bestias humanas.

Y efectivamente; se marcó el plan, preparó y fortificó sus posiciones y empezó el ataque.

Desde luego, se guardó muy bien de exigir a su marido que leyera ésto y no aquello; que cerrara su casa a los revolucionarios colegas y que se diera de baja en el centro ácrata... Nada de esto... por algo era mujer y por consiguiente sagaz. Además pedir todas esas cosas era exponerse a no obtener ninguna.

Empleó otros medios. Hizo agradable la vida a su marido, le rodeó de cuantas atenciones debe procurar una buena esposa a su marido aunque no sea tan bueno, y, en fin, consiguió que éste tomase afición a la vida de la familia, que saliese de casa con ella y que no hablara ni bien ni mal de los curas. Era tan buena su mujercita...! Se hallaba tan a gusto a su lado, mirando su carita de santa...

El tigre se iba amansando.

Poco tiempo después la revolucionaria era ella, y él se convertía en un moderado *vergüenza de la idea redentora*.

Y así fué creciendo la bola de nieve hasta que por fin, al año de casados, aquel diablito con faldas ponía la siguiente postdata en una carta dirigida a su mejor amiga:

«Se me olvidaba lo mejor. Ya sabes que soy presidenta de la Asociación de las Damas del Sagrado Corazón...» pues bien: mi marido se pasa el día revisándome las cuentas y extendiendo papeletas para las celadoras de los coros. Nada, hija, un furibundo petrolero que se confiesa tres veces al mes. ¿No te mueres de risa?

¡OID!.....

El ardiente amor a la causa del bien, el deseo en nosotros cada vez más vivo de difundir por medio del periódico la doctrina verdadera que hace felices a los hombres y a los pueblos, nos han movido a fundar este papellito que, como veis, lleva ya nueve años de existencia. Satisfacciones muchas nos ha causado, ya con peticiones importantes, ya con palabras de aliento y alabanza de personas dignísimas, y humildes obreros, pero también nos ha traído no pocos sinsabores, disgustos y hasta quebrantos al bolsillo y a la salud.

No es EL AMIGO DEL POBRE un periódico de empresa, es sencillamente un papellito de lectura preparada en esos momentos que otros, después de cumplir con sus obligaciones del día, dedican al descanso y que vive *única y exclusivamente* del buen comportamiento de los que por su propia voluntad, no solicitados por compromiso, se han comprometido con su suscripción a darle vida. En ellos fia, pues, para vivir; con el concurso de todos cuenta para fijar los gastos...

Mas ¡ay! que muchos de estos suscriptores se olvidan de nosotros, no nos abonan sus atrasos, nos hacen gastar en escribirles recordatorios sin resultados positivos ¿por qué tal comportamiento? ¡Esto no es cristiano! qué decimos cristiano, esto no es formal. Cuando no puedan o el periódico no les guste, digannoslo enseguida: «suspendan ustedes, no manden más números,» porque cada

número nos cuesta dinero, no nos lo hacen gratis, ni nos lo circulan gratis.

¡Siempre estamos con estas mismas cosas y siempre lo mismo!

Cuando comparamos el comportamiento de tantos morosos, por no decir otra cosa, con algunos, pocos por desgracia, que tienen a su cargo más de 15 suscripciones, cuidándose ellos de recoger el dinero de las mismas y entregárnoslo a su tiempo debido, no podemos menos de sentirnos confundidos entre conducta y conducta de católicos.

¡Cuánto quisiéramos que esto que vamos diciendo sirviera como de *carta particular* a esos que así nos olvidan después de habernos dicho «cuenten ustedes con nosotros!» y nos abandonan sin previo aviso. Y luego los hay que se quejan por que les retiramos los números en vista del grande atraso en sus pagos. ¿Quién puede obligarnos a perder? Por nadie estamos subvencionados; los donativos son escasos...

Un poquito más de celo, señores, por su prensa, por la prensa católica; así como procuran acordarse de otros mil asuntos de más o menos importancia, acuérdense de este del periódico, importantísimo en los actuales tiempos; lo saben ustedes tan bien como nosotros.

Con que... ¿seguiremos archivando fajas de suscriptores (?) que no pagan?

¿Necesitaremos tener este fondillo compuesto para publicar de vez en cuando?

SECCIÓN AGRICOLA

La nieve en los campos, ¿por qué es beneficiosa?

En el invierno actual ha caído la nieve abundante sobre los campos castellanos, prometiéndonos una cosecha abundante, porque jamás falló el refrán que dice: año de nieves, año de bienes.

Pero ¿por qué la nieve tiene tal influencia benéfica sobre las cosechas en la tierra? ¿Por qué supera en poder vivificador a la lluvia y por qué, en fin, la concedemos esa maravillosa facultad de acrecentar aquéllas, ofreciéndonos a cambio de sus tristuras y sus molestias de ahora los admirables tesoros del

mes de Julio, aquéllos que nos ofrece una mies abundosa, amontonadas como hebras de oro en los feraces campos?

Voy a responder a estas preguntas, llevando al ánimo de muchos el conocimiento, la razón esencial del por qué que se presenta como gigantesca interrogación y no se explica sin que la ciencia venga a respondernos categóricamente.

La nieve produce efectos múltiples sobre los campos; no solo los humedece, como es vulgar creencia, sino que los purifica, les abriga y les protege.

La nieve se forma siempre bajo determinadas condiciones de temperatura y de tensión eléctrica: es acaso el fenómeno meteorológico que encierra más potencial eléctrico: de ahí también que de las grandes nevadas en algunas regiones montañosas van siempre unidas a verdaderos nublados de relámpagos y truenos.

Por consiguiente la nieve está ozonizada en alto grado, y conserva su ozono tanto tiempo como tarde en derretirse.

Así, pues, el blanco manto que forma la nieve sobre los sembrados es un excelente abono eléctrico, a más de un riego incomparable, porque permite que la tierra le aproveche íntegro, a pequeños sorbos, según que se licua aquélla. Y mientras dura esta alimentación paulatina de agua purísima, el suelo está recibiendo una alta dosis de ozono, que es arrastrada por el mismo líquido hasta las más profundas capas de terreno.

Además, mientras la nieve permanece sobre los campos produce los efectos de una manta aisladora contra el frío. Su superficie exterior se hiela al contacto de la atmósfera, pero la interior se conserva a cero grados y el terreno recoge enormes calorías a favor de este aislamiento en que se le tiene con el aire ambiente.

Es frecuente registrar ocho y diez grados de temperatura a la profundidad de diez centímetros, cuando el suelo se halla cubierto por una capa de nieve.

Las plantas en tales condiciones se encuentran como en una estufa; tienen abundante humedad, calor proporcionado y dosis de ázoe que superan a las que reciben del mismo aire libre.

Se verifica, pues, en ellas el mismo fenómeno que experimenta un hombre que comió bien y descansa al lado del hogar en una de esas nebulosas tardes de Enero. El sueño domina.

Y las plantas duermen también dulcemente en tales condiciones y almacenan energías que luego han de explotar al primer beso del sol de primavera.

En cambio el aislamiento que la nieve produce es mortífero para los insectos y los animalillos que depradan los sembrados. La nieve les mata o les afixia, limpiando de ellos por completo la extensión donde cayó.

Asimismo las hierbas malas, que nunca tienen el vigor que las buenas, aun cuando sea muy superior su poder reproductor, son verdaderamente segadas por la nieve: salvo la grama, que profundiza mucho casi todas las especies que infestan nuestros sembrados mueren en gran cantidad. De ahí que en los sitios donde la nieve cae todos los años no abundan esas hierbas que vemos invadir nuestros sembrados.

Si fuera posible extender la nieve a voluntad sobre las tierras de cultivo, éste sería el mejor abono de invierno. Por desgracia, el hombre no es aún bastante poderoso para producir a su capricho estos admirables meteoros, y tenemos que aguardar a que el cielo quiera hacernos un verdadero regalo.

De ahí que sea año de bienes el año de nieves —DR. SMITH.

El 6 del actual y en esta villa falleció la piadosísima señora

Doña Vicenta Meana Palacio

A su apenado esposo, nuestro muy querido amigo don Manuel Rodríguez Rocas, cajero del Monte de Piedad de Gijón y entusiasta propagandista de nuestro periódico, reiteramos el testimonio de nuestro pesar, como así mismo a sus hijos, nietos y demás familia.

De nuestros lectores intercedemos una oración por la que fué modelo de madres y esposas cristianas.

R. I. P.

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJON

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez a una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables a la vista.—El 3 y medio por 100 anual a las imposiciones reembolsables a los seis meses.—El 4 por 100 anual a las imposiciones reembolsables a doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas a seis pesetas, y se alquilan a dos reales al año, para ahorrar a domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Ahoras de oficinas: De 9 a 12 y de 3 a 6

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

BANCO DE CASTILLA SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 60.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

Correspondencia administrativa

Sra. D.^a C. V.—Jaen.—Pagó 1913.
Sr. D. R. C.—Arganda.—Pagó a fin Enero 1915.
Sr. D. J. F.—Navia.—Pagó 1913.